La Eva Disidente

Un testimonio auténtico

Isabel Custodio

He aquí un testimonio auténtico, de una mujer que dejaremos en el semi-anonimato puesto que lo reproduciré en su totalidad y sólo quedará sin saberse el nombre de la misma, que llamaremos la Sra. A...

"No es la psicosis maniaco depresiva la que es mi compañera desde hace treinta años, son los nervios. Mi nerviosismo angustioso, a fuerza de terapias y psicoanálisis que se han venido dando desde hace diez años, creo poder decir que he encontrado el origen dentro de mi misma naturaleza.

Una niñita muy sola, hija de padres mayores, amorosos pero que ellos mismos se querían, que cuando se hizo adolescente explota en la exuberancia, el furor de vivir, la necesidad de intensidad en todo, un gusto desaforado por el romanticismo, con la seguridad de encontrar un amor compartido con un príncipe azul, rico, guapo y amoroso. Desde luego que llegó... para irse más tarde, dejándome una niña (que hoy tiene 33 años), la pérdida de la confianza en mi misma, en mis cualidades, un sentimiento de inferioridad, de frustración, de fracaso, un rechazo de la sexualidad, o sea un matrimonio durante veinticinco años bajo la etiqueta de: engañada, golpeada... y todavía no contenta. Los malestares raros aparecieron hacia los treinta, aburrición de todo, necesidad de viajar para huir de lo cotidiano alejándome lo más posible, sensación de caminar por encima del suelo, como a treinta centímetros sin equilibrio, claustrofobia, agorafobia... además de la angustia, torturante, intraducible, retorciéndome las tripas, llevando al corazón a activarse con taquicardia a doscientos latidos por minuto... y después mis gritos en medio de la calle.

Uno, dos, tres psiquiatras, todos los calmantes que existen en el mercado. Ningún resultado. Y por fin llegó el internamiento: dos curas de sueño, los narco-análisis, los comas insulínicos, veinte electro-shocks... ninguna mejoría. Dos años de hospitalización... y un medicamento que me permite salir y vivir 'así como así': el Valium. Curada y me lo creo. La subida es dura, se consolida en una estancia de dos años en Puerto Vallarta, lugar milagroso junto al mar. Pero... el regreso a México, los líos conyugales, la casi constante soledad (moral y material), las decepciones de todo orden me llevarán irremediablemente a otro internamiento. Más dulce el segundo. Los métodos modernos se mejoran, las clínicas más humanas me permiten resurgir poco a poco. Aunque la fragilidad psíquica no puede todavía negarse. Con la edad y la llegada de la menopausia se intensifica. Desde hace dieciséis años no he pasado un solo día sin un tranquilizante, antidepresivo, etc., etc. Cada contrariedad le da ánimo a un aspecto orgánico de mis nervios: la diarrea, los vértigos, la pérdida casi continua del equilibrio, al caminar o quedarse parada, problemas circulatorios que hacen estallar los capilares del rostro, del insomnio a la somnolencia total, veo mis días pasar sin gozar por un solo momento del resto de vida que me queda. Abandonada por mi marido, con una pequeña pensión (de inválida), una pequeña pensión alimenticia y muchos líos jurídicos, me hundo en una vejez prematura, sufriendo un día de esclerosis en placas, el otro de un tumor, la siguiente semana de Parkinson, con síntomas casi reales bien estudiados en libros de medicina. La esperanza me ha abandonado. La psicoterapia está bien, pero me haría falta un psiquiatra las veinticuatro horas del día. Con el ausente, pierdo los pedales, multiplico las investigaciones en todos los dominios médicos. Vivo en un lugar agradable, pero las tres cuartas partes me la paso en la cama llorando, leyendo, maldiciendo, interrogando al cielo, imaginando que un día se encontrará el remedio milagroso a este desequilibrio parasimpático, a esta carencia enzimática psíquica. Porque así como para el cáncer (y para otras numerosas enfermedades), si aprendemos 'El cómo' de la disfunción y se le encuentra más o menos, y con la química se llega 'al por qué'. Caí muy bajo y no he podido remontar la subida."

Hasta aquí el testimonio de esta mujer. Podríamos decir que el mal del cual padece, valga ella misma como ejemplo de muchas otras, sería: "El Mal de Amores". Los problemas aparecen después de la desaparición "Del Gran Amor"; al mismo principio de su vida de mujer: sentimiento de fracaso, pérdida de la confianza en sí misma y desprecio de la sexualidad. Así se vive "el mal de amores"; cuidado con padecerlo pues ya vimos los estragos que produce en quien lo toma tan "a pecho".